

## **PRESENTACIÓN DEL LIBRO “EL HOMBRE Y LOS ANDES”**

Estimados amigos:

Como autoridad universitaria, es siempre un motivo de satisfacción y alegría poder participar en la presentación de un nuevo libro publicado por el Fondo Editorial de nuestra Universidad, pero en esta ocasión esos sentimientos se hacen más intensos por tratarse de un justo homenaje a quien fue no sólo un amigo personal sino uno de los miembros más destacados y queridos de nuestro claustro.

Decía Thomas Carlyle que una obra de valía, aquella que arroja una insospechada luz sobre las cosas, puede deberse a una sola persona, pero que su trascendencia reclama, tanto en el pasado como en el porvenir, el concurso de otros hombres. Con esta afirmación el historiador inglés no hace sino recordarnos las dos dimensiones que hacen de una trayectoria intelectual fruto fecundo y perdurable: los territorios y horizontes que ella explora, y las resonancias y ecos que esa obra deja en otros intelectuales.

Nosotros en la Universidad Católica —y pienso que éste es un sentimiento compartido por la comunidad académica del país entero—

creemos que el trabajo historiográfico de Franklin Pease cumple largamente con ambas exigencias. Por ello, hace poco más de dos años Mariana Mould su esposa, y un grupo de personas cercanas a él pensamos en la edición del libro que ahora tenemos la satisfacción y el orgullo de presentar.

Es un ambicioso proyecto que, es justo subrayarlo, no habría visto la luz sin el generoso apoyo que desde un primer momento nos brindó la Fundación Telefónica , al cual se sumarían luego el Instituto Francés de Estudios Andinos y el Banco de Crédito del Perú. Debe mucho, igualmente, a la cuidadosa y comprometida labor de edición y coordinación que han realizado los historiadores Javier Flores y Rafael Varón. A todos ellos queremos hoy testimoniarles nuestra gratitud y reconocimiento.

Compuesto por setenta y tres artículos, “El hombre y los Andes” recoge las investigaciones de un conjunto de muy destacados colegas, alumnos y amigos que, con rigor y creatividad, recorren los temas que más apasionaron a Pease y que dan forma y sustancia a su trabajo como historiador. Me refiero a las Crónicas, Los incas y la Sociedad andina virreinal. Ahondan, pues, en las diferentes aristas desde las que Franklin abordó el mundo andino, ámbito que fue la piedra de toque de toda su obra y en el que hizo aportes consistentes y originales.

Son estudios que contienen, además, la semilla que él supo sembrar en cada uno de los especialistas que hoy le rinden homenaje. Bibliófilo y erudito, Pease no sólo fue un excelente investigador, sino que se encargó de proyectar sus inquietudes y sus interrogantes a través de la cátedra, la conversación, el intercambio de libros y la diaria convivencia.

Si bien es cierto que para algunos lectores sus escritos pueden revelar cierta continencia en el estilo —cualidad que responde, en buena medida, a la búsqueda de una siempre esquivada imparcialidad—, Franklin fue un intelectual apasionado. Y es que él no concebía el estudio de la historia como un academicismo distante y aséptico, sino como una actividad esencial que en último término definía su ser y su quehacer. Somos numerosos los que, en más de una oportunidad, pudimos tomar conciencia de esa permanente, contagiante emoción con la que él se embarcaba en cada nueva pesquisa historiográfica.

Pero Pease, no conforme con ser un investigador excepcional, quiso ser también maestro en el sentido más pleno de esta palabra. Y digo esto porque él mostró a lo largo de su fecunda existencia un compromiso señalado con el cultivo de la docencia, que se expresaba en esa disposición y cariño singulares hacia la enseñanza que sólo poseen quienes merecen el calificativo de maestros. Pues maestro es, en verdad, quien, como Pease, entiende que la labor educativa es aprendizaje continuo, diálogo con la

realidad nunca concluso, pasión y vocación de servicio que buscan decantar en el discípulo —a través del renovado desafío intelectual— las virtudes más firmes al tiempo que los saberes más claros.

Así, Franklin fue maestro durante muchos años en nuestra Universidad, casa a la que guardó una entrega y una lealtad indeclinables, y en la que guió a varias generaciones de jóvenes a internarse en la investigación historiográfica con los siempre saludables hábitos del rigor, el estudio paciente y la mirada crítica. Ese magisterio lo ejerció igualmente en otros claustros —nacionales y extranjeros— en los que aún se recuerdan sus lecciones como profesor visitante así como su persistencia en ampliar el horizonte de los estudios históricos andinos; lo ejerció también como miembro de destacadas sociedades académicas, donde brilló como promotor y directivo; y lo ejerció, finalmente, como Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y Presidente del Fondo Editorial de nuestra Universidad, lugares desde donde supo contribuir a que su *Alma Mater* se encaminara hacia metas mejores.

En todas esas ocasiones, Pease nunca perdió la dimensión exacta del quehacer histórico. Este, para él, no podía ser visto como un vano ejercicio de nostalgia. Por el contrario, ir tras las huellas de nuestra historia premunidos de un sentido crítico y reflexivo equivalía a hacer más sólido el terreno en que transitamos. “Ejemplo y aviso de lo presente,/ advertencia

de lo porvenir”, nos canta con sabiduría Lope de Vega al referirse a la verdad que se esconde tras lo ya vivido. Y es esa misma enseñanza la que parece impregnar toda la obra de Franklin pues él sabía muy bien que sin una clara conciencia del pasado, el presente puede disolverse en simple arrobamiento ante la novedad y dejar de ser genuina experiencia humana y colectiva que se proyecta hacia el futuro.

Por ello pienso que este homenaje, que en la forma de un libro hoy le tributamos, adquiere un especialísimo significado, pues no sólo cumple con expresar nuestra gratitud a una de las figuras mayores de nuestra historiografía sino que además nos hace recordar que la reflexión inteligente y disciplinada, el examen escrupuloso del pasado, son quehaceres necesarios para amar el Perú de un modo constructivo y solidario de modo que podamos ver más allá de las menudas pasiones o de los ánimos fugaces. Franklin Pease, historiador eminente, amigo entrañable, a través de su legado, alienta en nosotros esa manera grande y generosa de amar esa nación doliente y hermosa que es la nuestra, que es el Perú, bella palabra que es otra forma de decir nosotros mismos.

Muchas gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES

5/12/2002